

## IV El caracol y su concha: ensayo sobre la nueva morfología del trabajo

Ricardo Antúnez

Desde el mundo antiguo y su filosofía, el trabajo ha sido entendido como expresión de vida y degradación, creación e infelicidad, actividad vital y esclavitud, felicidad social y servidumbre. *Érgon* y *Pónos*, trabajo y fatiga. Momento de catarsis y vivencia de martirio. En un momento se rendía culto a su lado positivo, en otro se acentuaba el rasgo de su negatividad. Hesíodo, en *Los trabajos y los Días*, una oda al trabajo, no vaciló en afirmar que “el trabajo, deshonra ninguna, el ocio deshonra es”. Esquilo, en *Prometeo Encadenado*, aseveró que “quien vive de su trabajo no debe ambicionar la alianza ni del rico afeminado, ni del noble orgulloso”.

Con la evolución humana, el trabajo se convirtió en *tripaliare*, originado en *tripalium*, instrumento de tortura, momento de castigo y sufrimiento. En contrapunto, el ocio se volvió parte del camino para la realización humana. De un lado, el mito prometeico del trabajo; del otro, el ocio como liberación. El pensamiento cristiano, en su largo y complejo recorrido, dio encadenamiento a la controversia, concibiendo el trabajo como martirio y salvación, atajo cierto al mundo celestial, camino al paraíso. A finales de la Edad Media, con Santo Tomás de Aquino, el trabajo fue considerado como acto moral digno de honra y respeto (Neffa, 2003, p. 52).

Weber, con su ética positiva del trabajo, reconfirió al oficio el camino a la salvación, celestial y terrena, fin mismo de la vida. Se sella entonces, bajo el comando del mundo de la mercancía y del dinero, la prevalencia del negocio (negar el ocio) que viene a sepultar al imperio del reposo, del descanso y de la pereza. Como *arbeit*, *lavoro*, *travail*, *labour* o *work*, la sociedad de trabajo llegó a la modernidad, al mundo de la mercancía. Hegel (1996, pp. 113-118) escribió bellas

páginas sobre la dialéctica del amo y el esclavo, demostrando que el señor sólo se vuelve para sí por medio de otro, de su siervo.

Fue también a través de la escritura de otro alemán, Marx, como el trabajo conoció su síntesis sublime: trabajar era, al mismo tiempo, necesidad eterna para mantener el metabolismo social entre humanidad y naturaleza. Pero, bajo el imperio (y el fetiche) de la mercancía, la actividad vital se metamorfoseaba en actividad impuesta, extrínseca y exterior, forzada y compulsiva. Es conocida su referencia al trabajo fabril: si pudiesen, los trabajadores huirían del trabajo como se huye de una peste (Marx, 2004).

Esa dimensión dual y aun contradictoria, presente en el mundo del trabajo, que crea pero también subordina, humaniza y degrada, libera y esclaviza, emancipa y aliena, mantiene el trabajo humano como cuestión nodal en nuestras vidas. Y en este perturbado umbral del siglo XXI, un desafío crucial es dar sentido al trabajo, volviendo también la vida fuera del trabajo dotada de sentido.

Pero nuestro mundo contemporáneo ofrece otra contribución al debate: hace explotar, con intensidad jamás vista, el universo del no-trabajo, el mundo del desempleo. Hoy, según datos de la OIT, casi un tercio de la fuerza humana mundial disponible para el acto laboral, o se encuentra ejerciendo trabajos parciales, precarios, temporales, o ya vivencian las amarguras del no-trabajo, del desempleo estructural. Deambulan por el mundo, como prometeos modernos, a la búsqueda de algo para sobrevivir.

Más de mil millones de hombres y mujeres padecen las vicisitudes de la precarización del trabajo, de los cuales centenas de millones tienen su cotidianidad modelada por el desempleo estructural. En los países del Norte, que un día llamamos del Primer Mundo, aún se preservan algunos resquicios de la seguridad social, herencia de la fase (casi terminal) del *welfare state*. En los países del Sur, que nunca conocieron el estado de bienestar social, los hombres y

las mujeres disponibles para el trabajo oscilan entre la búsqueda casi afrentosa del empleo o aceptar cualquier labor.

Glosando una frase memorable, podemos recordar que, si no somos contemporáneos filosóficos del presente, estamos entre sus campeones históricos. Si nuestro país poco contribuyó para la filosofía del trabajo y de la labor, estamos dando, tristemente, una monumental contribución al flagelo del desempleo.

Contra la limitadísima tesis del fin del trabajo, tenemos el reto de comprender lo que vengo denominando como la nueva morfología o la nueva polisemia del trabajo. Y, al hacerlo, mostrar las complejas relaciones que emergen en el universo laboral, en particular, sus elementos de centralidad, sus lazos de sociabilidad que emergen en el mundo del trabajo, aun cuando esté marcado por formas dominantes de extrañamiento y alienación.

Como recuerda Robert Castel en *Las Metamorfosis de la Cuestión Social* (1998), el trabajo permanece como referencia dominante no sólo económicamente, sino también psicológica, cultural y simbólicamente, hecho que se comprueba por las reacciones de aquellos que no tienen trabajo, que vivencian cotidianamente el flagelo del desempleo, del no-trabajo, de la no-labor.

Contrariamente a la unilateralización presente tanto en las tesis que deconstruyen el trabajo como en aquellas que hacen su culto acrítico, sabemos que en la larga historia de la actividad humana, en su incesante lucha por la sobrevivencia, por la conquista de la dignidad, humanidad y felicidad social, el mundo del trabajo ha sido vital. Es a través del acto laboral, que Marx denominó actividad vital, como los individuos, hombres y mujeres, se distinguen de los animales.

Pero, en contraposición, cuando la vida humana se reduce exclusivamente al trabajo, frecuentemente se convierte en un esfuerzo penoso, alienante,

aprisionando a los individuos de modo unilateral. Si por un lado necesitamos del trabajo humano y reconocemos su potencial emancipador, debemos también rechazar el trabajo que explota, aliena y hace infeliz al ser social. Esa dimensión dual y dialéctica, presente en el trabajo, es central cuando se pretende comprender la labor humana. Lo que nos diferencia enormemente de los críticos del fin o aún de la pérdida de significado del trabajo en la contemporaneidad.

Si esta tendencia eurocéntrica fue dominante en las dos últimas décadas, más recientemente ha sido fuertemente cuestionada y se encuentra bastante debilitada.

Renaciendo de las “cenizas”, la cuestión del trabajo se volvió nuevamente uno de los más relevantes temas de la actualidad. Muchas son las interconexiones y transversalidades que muestran el retorno del trabajo como cuestión central de nuestros días. Como la destrucción ambiental y la cuestión femenina, la labor humana se muestra como cuestión vital para la humanidad.

Como indicamos en trabajos anteriores, aunque pasando por una monumental reestructuración productiva, el capital, aún bajo enorme impacto de las profundas mutaciones tecnológicas, no puede eliminar cabalmente al trabajo vivo del proceso de mercancías. Él puede incrementar al máximo el trabajo muerto corporizado en la maquinaria tecno-científica, aumentando de ese modo la productividad del trabajo de modo de intensificar las formas de extracción del sobretrabajo en tiempo cada vez más reducido, una vez que tiempo y espacio se transforman en esta fase de los capitales globales y destructivos. Una nueva modalidad de la forma del valor aparece para mostrar los límites y equívocos de aquellos que habían decretado el fin de la teoría del valor-trabajo (Sotelo Valência, 2003). Y se muestra como responsable por la ampliación de la enorme destructividad que preside la sociedad del capital. Esto porque en el plano microcósmico, en el plano de las empresas, hay una necesidad intrínseca de racionalizar su *modus operandi*, de instrumentar el recetario y la pragmática de *lean production*, de la empresa

seca, buscando calificarla para la concurrencia como interempresas en disputa en el sistema global del capital.

La expansión ilimitada de esa lógica microcósmica a la totalidad de las empresas a amplitud mundial termina por generar una monumental sociedad de los descartables, una vez que la lógica de la reestructuración y de la productividad, comandada por el ideario y por la pragmática del capital, acarrea la creciente reducción del trabajo vivo y su sustitución por trabajo muerto, para usar los términos de Marx.

La consecuencia más negativa para el mundo del trabajo está dada por la destrucción, precarización y eliminación de puestos de trabajo, resultando un desempleo estructural explosivo. Según Mézáros (2004, pp. 4-8) hay, hoy “más de 40 millones de desempleados en los países industrialmente más desarrollados. De este número, Europa cuenta con más de 20 millones y Alemania –otrora elogiada por producir el ‘milagro alemán’– sobrepasó la marca de los 5 millones.

En un país como India, reverenciado por los organismos económicos tradicionales por sus realizaciones en la dirección del desarrollo, hay no menos de 336 millones de personas desempleadas y otros millones bajo condiciones inadecuadas de trabajo, cuyos datos no fueron registrados. Más allá de eso, la intervención del FMI, organización de Estados Unidos que dicta órdenes, pretendiendo mejorar las condiciones económicas de los países ‘en desarrollo’ más afectados por la crisis, han empeorado en verdad las condiciones de los desempleados (...). Al mismo tiempo, los antiguos países pos-capitalistas pertenecientes al sistema de tipo soviético, de Rusia a Hungría –que en el pasado no sufrían altos índices de desempleo, aunque administrasen sus economías con altos niveles de subempleo–, ante la presión directa del FMI, están sufriendo con las condiciones deshumanizadoras del desempleo masivo”. Y agrega: “Japón es un ejemplo particularmente importante, pues no estamos hablando de un país del llamado Tercer Mundo en relación a los cuales, aún las más intensas prácticas de

explotación del trabajo, siempre fueron consideradas normales. Al contrario, Japón representa la segunda más poderosa economía del mundo: un paradigma de los avances capitalistas. Y ahora, aún en tal país, el desempleo está creciendo peligrosamente. Sin contar con las condiciones de trabajo que se deben tornar aún peores que en la época del largo período de desarrollo de posguerra y de expansión del capital, incluyendo no sólo la gran intensificación de la explotación por los cronogramas de trabajo en nombre de la "flexibilidad" como también la prolongación –para muchos bastante incomprensible– de la semana de trabajo forzado”.

Más allá del desempleo estructural, en franca expansión, se amplían y esparcen por todas partes del llamado Primer Mundo los trabajadores/as inmigrantes (*gastarbeiters* en Alemania, *lavoro nero* en Italia, los chicanos en EEUU, los *dekaseguis* en Japón, etc.), configurando un cuadro de enorme explotación del trabajo en expansión a escala global.

Estas modalidades de trabajo precarizado –trabajo atípico, según la definición de Vasopollo y Martufi– se encuentran en franca expansión también en Italia y España. Trabajo atípico porque expresa formas de “prestación de servicios cuya característica fundamental es la falta o la insuficiencia de amparo contractual. En el trabajo atípico son incluidas todas las formas de prestación de servicios diferentes del modelo-patrón, o sea, del trabajo efectivo, con garantías formales y contractuales, por tiempo indeterminado y *full-time*. Casi 25% de los empleos en Italia son independientes, contra una media de 15% en el resto de Europa. Eso confirma un modelo mediterráneo, representado por España y por Italia, en el cual el porcentaje de trabajo atípico e ‘independiente’ es superior a 20% del total de empleos. Formas de trabajo autónomas están presentes en todo el sector terciario (...) y en las actividades precarias, como acontece en las temporadas de los sectores de agricultura y de turismo, en los transportes y en las telecomunicaciones. Además, existe en Italia una forma de exteriorización de los servicios: el subcontrato de las cooperativas. La disminución de los puestos de

trabajo efectivos y estables no sólo está vinculada a un proceso más amplio de precariedad, sino también a la afirmación de actividades flexibilizadas e intermitentes, en un contexto que supera al mercado de trabajo y se impone como modalidad de vida cotidiana”. Lo que permite a los autores agregar que “el concepto de flexibilización del trabajo y el abandono del modelo de trabajo por tiempo indeterminado ya pertenecen a nuestra actual forma de pensar (...). Hoy, es difícil prever la superación o la sustitución de ese tipo de trabajo inestable (Vasapollo y Martufi, 2003; ver también Vasapollo, 2005).

Ese cuadro configura una nueva morfología del trabajo: más allá de los asalariados urbanos y rurales que comprenden a los obreros industriales, rurales y de servicios, la sociedad capitalista moderna viene ampliando enormemente el contingente de hombres y mujeres tercerizados, subcontratados, *part-time*, ejerciendo trabajos temporarios, entre tantas otras formas semejantes de informalización del trabajo que proliferan en todas partes del mundo.

De las trabajadoras de *telemarketing* a los *motoboys*, de los jóvenes trabajadores de los *McDonald's* a los digitalizadores del sector bancario, estos contingentes son partes constitutivas de las fuerzas sociales del trabajo, que Úrsula Huws (2003) denominó como *cybertariat*, el nuevo proletariado de la era cibernética, que vivencia las condiciones de un trabajo virtual en un mundo real, para recordar el sugestivo título de su excelente libro que discurre sobre las nuevas configuraciones del trabajo en la era de la informática y telemática, buscando aprehender sus potencialidades de organización y búsqueda de identidad de clase.

Esa dualidad –en verdad se trata de una contradicción– presente en el mundo del trabajo conforma una tesis que es esencial en nuestro estudio: si el trabajo aún es central para la creación de valor, el capital, por su parte, lo hace oscilar, ora reiterando su sentido de perennidad, ora imprimiendo su enorme superfluides, de la cual son ejemplos los precarizados, flexibilizados, temporarios, más allá, natu-

ralmente, del enorme ejército de desempleados y desempleadas que se esparcen por el mundo.

En su aspecto perenne, se puede ver que cada vez menos hombres y mujeres trabajan mucho, en ritmo e intensidad que se asemejan a la fase pretérita del capitalismo, casi similarmente a la época de la Revolución Industrial. Y, en su aspecto de superfluides, cada vez más hombres y mujeres encuentran menos trabajo, esparciéndose a la búsqueda de trabajos parciales, temporarios, sin derechos, “flexibles”, cuando no vivenciando el flagelo de los desempleados.

Pero hay aún otra contradicción que se evidencia cuando el mirar se vuelve a la (des)sociabilidad contemporánea en el mundo productivo: cuanto mayor es la incidencia del ideario y de la pragmática en la llamada “empresa moderna”, cuanto más racionalizado es su *modus operandi*, cuanto más laboran las empresas en la implantación de las “competencias”, de la llamada “calificación”, de la gestión del “conocimiento”, más intensos parecen tornarse los niveles de degradación del trabajo.

Y eso se da porque la gestión del “conocimiento y la competencia” está enteramente conformada por el recetario y por la pragmática presente en la “empresa seca”, en la empresa liofilizada que, para ser competitiva, debe reducir aún más el trabajo vivo y ampliar su dimensión tecno-científica, el trabajo muerto, cuyo resultado no es otro que el aumento de la informalidad, la tercerización, la precarización del trabajo y el desempleo estructural a escala global. Y al apropiarse de la dimensión cognitiva del trabajo, al apoderarse de su dimensión intelectual, los capitales amplían las formas y los mecanismos de la generación del valor, aumentando también los modos de control y subordinación de los sujetos del trabajo, una vez que se aprovechan de mecanismos aún “más coactivos, renovando las formas primitivas de violencia en la acumulación, una vez que – paradójicamente- al mismo tiempo las empresas necesitan cada vez más de la

cooperación o 'involucramiento' subjetivo y social del trabajador" (Bialakowsky et al., 2003, p. 135).

João Bernardo (2004), al tratar de esa dimensión crucial del trabajo, afirmó: "La 'desindustrialización', sobre la cual tanto se habla y se escribe hoy, es en verdad una reindustrialización. Y la 'desaparición de la clase obrera' corresponde a una expansión sin precedentes de la clase trabajadora que, sin embargo, se reestructuró internamente. Kim Moody puso la cuestión en los términos debidos al recordar que 'los cambios ocurridos en las economías capitalistas desarrolladas no alteraron la condición fundamental de la fuerza de trabajo, que continúa teniendo que vender a un patrón su capacidad de trabajo y continúa teniendo que ejercer su actividad como participante en un esfuerzo colectivo organizado por el capital, y en términos dictados en gran medida por el capital'".

Para resumir la situación en pocas palabras, la explotación de la componente intelectual del trabajo determinó el crecimiento del ramo de la informática y, por lo tanto, de los servicios, pero este crecimiento es indisociable de la reorganización del proletariado fabril. "La revolución que siguió a la revolución industrial –escribió *The Economist* el 22 de agosto de 1987– no es una revolución de los servicios sino de los cerebros, en la cual el valor es aumentado no por manos calificadas sino por inteligencias calificadas". Y agrega: "Ahora, el hecho de haberse agotado la posibilidad de llevar [más] adelante la extracción de plusvalía relativa sólo gracias al esfuerzo muscular de la mano de obra alteró radicalmente este cuadro de concepciones. Hoy, cuanto mayor sea la componente intelectual de la actividad de los trabajadores y cuanto más se desarrolla intelectualmente la fuerza de trabajo, tanto más considerables son las posibilidades de acumular plusvalía" (Bernardo, 2004).

Véase el ejemplo de *Manpower*, transnacional de la colocación (entiéndase tercerización) de la fuerza de trabajo de amplitud global, cuya actividad "construyó asociaciones con clientes en más de 60 países, (...) más de 400 mil clientes de los

más diversos segmentos, como comercio, industria, servicios y promoción (...). *Manpower* está preparada para atender a sus clientes con servicios de alto valor agregado [resaltado de Antunez], como contratación y administración de funcionarios temporarios; reclutamiento y selección de profesionales efectivos, para todas las áreas; programas de *trainees* y de aprendizajes, proyectos de tercerización y servicios de *contact center*, administración de RH (RH Total) y contratación de profesionales con alto grado de especialización (División *Manpower Professional*) (véase: [www.manpower.com.br](http://www.manpower.com.br)).

Al contrario, por lo tanto, del fin o la reducción de la relevancia de la teoría del valor-trabajo, hay una cualitativa alteración y ampliación de las formas y los mecanismos de extracción de trabajo. Es sintomático también el slogan adoptado por Toyota en la unidad de Takaoka: *Yoi kangae, yoi shina* (“buenos pensamientos significan buenos productos”), fijado en la bandera que ondeaba en la entrada de la unidad productiva (*Business Week*, 18/11/2003).

Pero es bueno recordar que estos proyectos de “involucramiento”, flexibilización, etc. acaban también por encontrar resistencia en el conjunto de los trabajadores, conforme se vio en la protesta de 1.300 trabajadores, organizado por los sindicatos que eran contrarios a la implantación del sistema de auto contratación (*Japan Press Weekly*, nº 2.371, p. 13, 21/02/2004).

Se tiene, entonces, como resultante, que la prevalencia de la razón instrumental asume la forma de una enorme irracionalidad societal. Lo que coloca un desafío fundamental y candente: la desconstrucción de ese ideario y de esa pragmática es condición para que la humanidad –y, por tanto, también el trabajo– puedan ser verdaderamente dotados de sentido, adversando el destructivo proceso de desantropomorfización del trabajo en curso desde el inicio de la Revolución Industrial y su lógica maquínica.

Al contrario de la producción dirigida prioritariamente a la acumulación privada del excedente, el objetivo de ese nuevo emprendimiento societal es volver a la actividad humana laborativa direccionada, a la producción de bienes socialmente necesarios, donde el valor de uso intrínseco de los productos no se subordine más a (sino de hecho elimine) los imperativos del valor de cambio, presentes en el universo de las mercancías. De ese modo, el objetivo de la economía podrá efectivamente recuperar su sentido original de economizar, cuya finalidad es utilizar racionalmente los recursos oriundos de la naturaleza y de la sociedad. Lo que nos obliga a (re)concebir el trabajo como dotado de autonomía, autocontrol y auto comando, cuyo goce sea pautado por el tiempo disponible para la sociedad, al contrario de la heteronomía, sujeción y alienación regidas por el tiempo excedente orientado a la acumulación privada del excedente, típica de la sociedad fetichizada que hoy vivimos.

Sabemos, como Marx lo recordó, que “en general, el trabajador y sus medios de producción permanecían indisolublemente unidos, como el caracol y su concha, y así faltaba la base principal de la manufactura, la separación del trabajador de sus medios de producción y la conversión de estos medios en capital” (*O Capital*, vol. I, 2a edição, Ed. Civilização Brasileira, 1971, p. 411). Recuperar, sobre bases totalmente nuevas, la unidad inseparable entre el caracol y su concha, he aquí el desafío más candente de la sociedad moderna, lo que nos obliga a recuperar la discusión del socialismo en el siglo XXI.

## **Bibliografía**

Antunez, R. (1995) *Adeus ao Trabalho?* Ed. Cortez/Ed. Unicamp, São Paulo.

Antunez, R. (1999) *Os Sentidos do Trabalho*, Boitempo Editorial, São Paulo.

Bernardo, João (2004) *Democracia totalitária: teoria e prática da empresa soberana*, Ed. Cortez, São Paulo.

Bialakowsky, A. et al. (2003) “*Dilución y mutación del trabajo en la dominación social local*”, Revista Herramienta nº 23, Buenos Aires, p. 135.

Castel, Robert (1998) *As Metamorfoses da Questão Social*. Ed. Vozes, Rio de Janeiro.

Hegel (1996) *Fenomenología del espíritu*. Fondo de Cultura Económica, México.

Huws, Ursula (2003) *The Making of a Cybertariat (virtual work in a real world)*, Monthly Review Press/The Merlin Press, New York/London.

- Marx, K. (1971) *O Capital*, Vol. I, 2a edição, Ed. Civilização Brasileira, 1971, p. 411.
- Marx, K. (2004) *Manuscritos Econômico-Filosóficos*, Boitempo Editorial, São Paulo.
- Mészáros, I. (2004) “*Unemployment and Casualisation: A Great Challenge to the Left*”, mimeo.
- Neffa, J. (2003) *El trabajo humano*. CONICET, Buenos Aires.
- Sotelo Valência, Adrian (2003) *La reestructuración del mundo del trabajo: superexplotación y nuevos paradigmas de la Organización del Trabajo*. Editorial Itaca, México.
- Vasapollo, L. e Martufi, R. (2003) “*Lavoro atipico, lavoro che cambia, come lavorare?*”, Rivista PROTEO, nos. 2-3, speciale, maio/dezembro 2003, CESTES, Roma.
- Vasapollo, L. (2005) “*Le Ragioni di una Sfida in Atto*”, in *Lavoro contro capitale (Precarietà, Sfruttamento, Delocalizzazione)*, Jaca Book, Milão.